Cofradía Las Siete Palabras

Manuel Sánchez Monge, Obispo de Santander

Homilía

Semana Santa 2018

Sermón de las Siete Palabras

30 de marzo de 2018

Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Valladolid, querido hermano y amigo Don Ricardo, querido Obispo D. Luis, también hermano y amigo. Querido párroco de la Unidad Pastoral de Santiago y El Salvador, Excelentísimo Señor Alcalde de Valladolid y demás Autoridades. Queridos cofrades de la Semana Santa, queridos vallisoletanos y cuantos seguís esta predicación a través de los medios de comunicación social.

Me siento muy agradecido a la invitación que me ha hecho la Hermandad de las Siete Palabras para predicar este Sermón pero no puedo ocultar mi preocupación al pensar queocuparon esta cátedra personas tan queridas y entrañables para mí como D. Marcelo, el que fuera cardenal arzobispo de Toledo, tan vinculado a mi pueblo natal, Fuentes de Nava en la provincia de Palencia, D. Ricardo, durante tres años mi obispo en la diócesis palentina y el sacerdote, periodista y poeta, José Luis Martín Descalzo, magnífico y entrañable comunicador de las verdades de nuestra fe envueltas en el más bello ropaje literario.

Me impresiona profundamente la Plaza Mayor de Valladolid convertida en una gran manifestación de fe. Sí, la Semana Santa vallisoletana forma parte de mis más entrañables recuerdos, aún no borrados del todo. Era un muchacho todavía cuando lleno de admiración contemplaba el desfile de los capuchones y de los pasos sobre todo en la larga procesión general del Viernes Santo. Con mis padres y mis hermanas

humano, dándole de nuevo la energía para construir una comunión de personas. San Juan de la Cruz exhortaba: ”Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”. Jesús no pide a Dios, juez supremo, que haga justicia ante la injusta muerte de un inocente como es El. Clavado en la cruz se dirige a Dios su Padre para pedirle que otorgue su perdón a quienes le han crucificado.

”No saben lo que hacen”, es la benigna excusa que brota de los labios de Jesús. Quizá no sabían lo que hacían los soldados romanos simples ejecutores materiales del más horrendo crimen de la historia de la humanidad.

Quizá Anás y Caifás, y con ellos los sacerdotes y escribas, eran incapaces de comprender la magnitud del homicidio que estaban cometiendo.

Quizá el gobernador Poncio Pilato, víctima de sus miedos y de su cobardía, pensó que había tomado la decisión ”políticamente correcta”, aunque estuviese convencido de la inocencia del Nazareno.

Quizá Judas podía justificar su traición por la decepción que habían sufrido sus ansias de liderar una revuelta contra los invasores romanos.

Quizá en aquella multitud vociferante y blasfema no había más que deseos de divertirse con la desgracia ajena y de matar la tarde con un espectáculo que no se veía todos los días. Quizá, quizá, quizá...

Pero Jesús se deshace de todos esos ‘quizás’ y pide al Padre que perdone a todos sin excepción. Para eso vino al mundo, para perdonar, y ese quiere que sea su testamento. El perdón de Jesús es ilimitado y recorre todos los tiempos hasta llegar a nuestros días. Porque perdonar es amar intensamente. Y el amor se prueba en la fidelidad, y se completa en el perdón.

Perdonar exige, en verdad, un corazón misericordioso y generoso. Jesucristo perdona nuestros muchos y graves pecados porque también los hombres y mujeres de hoy no sabemos lo que hacemos.

No, no saben lo que hacen esos científicos que juegan con la vida humana como si fuera un producto que se puede manipular, transformar, vender o alquilar; esos sabios que en sus laboratorios ya pueden

en la que se pierde la razón. Y sin embargo, al contemplarte en la cruz, comprendemos que quien mira al Crucificado es libre; quien mira al Crucificado no tiene miedo; quien mira al Crucificado perdona.

SEGUNDA PALABRA

”Y Jesús le dijo (al Buen Ladrón): en verdad te digo hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43)

”Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Palabra sublime, clave de nuestra esperanza. Cristo en medio de dos malhechores. Sobre su cabeza, Pilatos ha colocado una inscripción en las tres grandes lenguas de entonces que le proclama ”rey”: ”Jesús nazareno rey de los judíos”. Sí, la cruz es su trono y desde él domina como verdadero rey pero de una manera que ni el gobernador romano ni los miembros del Sanedrín hubieran podido nunca entender. Tampoco ellos, Dimas y Gestas, alcanzaban a comprender el significado de esa inscripción. ¿Era una ironía, una farsa, una última broma macabra? Las reacciones de uno y otro de los malhechores soncompletamente opuestas: el mal ladrón se desespera al ver definitivamente derrumbadas sus ambiciones, no acepta verse condenado a morir en un suplicio infame, insulta, provoca y blasfema. Jesús calla y no le responde. El buen ladrón, por el contrario, es consciente de sus culpas, considera la muerte que le espera, como un justo castigo por sus fechorías y entonces, movido por una fuerza que ni él mismo sabe definir, pronuncia con sus labios esta bellísima oración: ”Jesús –le dice al Señor llamándole por su nombre–, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino”.

La respuesta del crucificado es inmediata y no deja lugar a dudas: ”En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Sorprende la contundencia de la respuesta: «*Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*». Es evidente la inminencia de su muerte. El hoy expresa la inmediatez y la gratuidad de la salvación. Hoy, en tu último instante, hermano ladrón, te llega la salvación. No importa el momento, estarás conmigo. Eso es el paraíso: estar con Dios, estar en Jesús. A veces, el término paraíso nos suena a felicidad perdida y añorada, a promesas ofrecidas por ideologías de todo tipo, que siempre fracasaron. No, hermanos, Jesús no promete un paraíso virtual, promete el paraíso a quien pasa por la cruz, a quien asume con fe y humildad la fragilidad de la vida y la verdad de la propia existencia. Por eso, la cruz, instrumento de tortura y lugar de sufrimiento, es puerta del paraíso y promesa de salvación. La respuesta de Jesús al buen ladrón es aliento de vida en el momento último de la muerte. Es vida

que más quiere, el único amor que le queda, se despoja de lo más íntimo de su corazón: la madre y los amigos, su verdadera familia de sangre y de fe. Al escuchar las palabras «*ahí tienes a tu hijo*», el corazón de María se inunda de inmensa ternura por el amor que revela una nueva maternidad. A la sombra de la cruz de Jesús, María se convierte en Madre de la Iglesia. Allí donde muere el Hijo, con mayúscula, nacen innumerables hijos con minúscula, y en el lugar de la muerte —el Calvario—, brota un manantial de vida, nace la Iglesia. En María contemplamos la fidelidad del amor en los momentos duros del dolor y el sufrimiento; el consuelo silencioso de la madre cuando ya nadie sabe qué decir. La presencia materna al lado de la cruz de innumerables hijos, que son crucificados de modos diversos en cualquier rincón del mundo. En María contemplamos el dolor de las madres que lloran a un hijo humillado, herido, desaparecido o asesinado. María nos muestra un amor que sabe compartir el sufrimiento.

Oremos con el poema de Joaquín Luis Ortega titulado: EN TUS MANOS COBIJADO Déjame, Soledad, que te acompañe, pues grande, más que el mar, es tu quebranto. Deja que la amargura de tu llanto con mis manos la achique yo y la empañe. Déjame, Soledad, que tu agonía sea yo quien la viva y la padezca, que, junto a ti, mi soledad merezca el dulce alivio de tu compañía. Recuerda, Soledad de soledades, que fuiste confiada a mi cuidado por tu Hijo en el trance de su muerte. El me fió también a tus bondades. Toma mis manos, Soledad doliente. Yo me quedo en las tuyas cobijado

CUARTA PALABRA

”Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46)

La cuarta palabra de Jesús en la cruz nos resulta aprimera vista escandalosa. ¿Cómo es posible que de la boca de Jesús haya salido una imprecación como ésta? Ahora, cuando más lo necesita, cuando se consume clavado en el madero de la cruz, Jesús se siente abandonado de todos. Jesúsexperimenta el abandono de su pueblo. Antes le había buscado para proclamarlo Rey, le había recibido exultante en Jerusalén... Ahora lo expulsa de la ciudad santa al lugar de la vergüenza. Colgado en una cruz, sujeto por los clavos, desnudo ante la gente, expuesto a la deshonra. Jesús es herido por la tortura física de su cuerpo y, sobre todo, ofendido en su dignidad. Ser ajusticiado en cruz suponía maldición de Dios, tal como enseñaba la ley judía: «*Maldito todo aquel que cuelgue de un madero*» (Dt 21,23).

con mirra para aliviar los sufrimientos de los condenados. Pero Jesús no bebió el calmante (Mc 15,23). Tiene sed como cualquier agonizante, pero no le llega el agua del consuelo a su cuerpo....

Pocas cosas en verdad pidió Jesús en su vida. Sin embargo, pidió dos veces de beber. Pasaba por la región de Samaría hacia su tierra de Galilea. Estaba fatigado por el camino y el calor del mediodía, se sentó junto al pozo de Jacob y allí encontró a la samaritana. Sin conocerla, le suplicó: «*Dame de beber*». Y aquella mujer se extrañó sorprendida. ¿Cómo tú, hombre judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana? Y se establece un diálogo insólito entre ambos, desde el respeto y la búsqueda de la verdad. La mujer da a beber a Jesús un agua que calma momentáneamente la sed; y Jesús promete un agua viva que calma la sed para siempre. Hablaba del don del Espíritu, que se convertirá en el cristiano en un manantial interior de gracia y de vida. La mujer creyó en él; y habló de él a todos sus paisanos; y muchos desde entonces siguieron a Jesús.

Ahora, al final de su vida, el Hijo de Dios e Hijo del hombre vuelve a manifestar su sed y pide de beber. Jesús manifiesta su sed al comienzo de su misión a una mujer samaritana y al final de su vida a un soldado romano. ¡Qué casualidad! Ambos extranjeros e impuros, es decir, odiados por el pueblo judío y considerados malditos de Dios. La sed de agua que padece Jesús es signo de otra sed más profunda: la sed de la verdad y la justicia, la sed de la libertad y de la dignidad, la sed del amor y de la vida. Jesús tiene sed de justicia para todas las víctimas inocentes. El misterio de la cruz de Cristo se prolonga en el dolor de quien es injustamente utilizado o rechazado. La cruz de Cristo pervive en el sufrimiento de pueblos sometidos a la llamada limpieza étnica y en las comunidades cristianas víctimas de la persecución religiosa.

Jesús tiene sed de vida en una cultura de muerte. «*Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida*» (Ap 21,6). Quien sigue a Cristo, cree en un Dios de vivos, no de muertos. Quien conoce a Cristo respeta la vida, que procede de Dios y es sagrada. Quien cree en Cristo entrega la vida para dar vida a los demás.

Jesús tiene sed de fe y de amor en la sociedad del bienestar. El hombre orgulloso de occidente, cansado de creer, ya no cree en nada y piensa que puede prescindir de todas las religiones. Crece la

Llevaste todo a plenitud. Has cumplido a la perfección la misión que el Padre te encomendó. El cáliz que no debía pasar de largo, lo has apurado. Hacer la voluntad del Padre ha sido tu comida y tu bebida. Entraste en el mundo pronunciando: ”He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad”(Hb 10,9) y lo dejas confirmando: ”Todo está cumplido”(Jn 19,30). Ha cumplido plenamente la misión que el Padre le había confiado. La fidelidad paga con felicidad auténtica. La fe en Jesucristo es como la clave para comprender la historia de Dios con la humanidad, con cada uno de nosotros. Ha subido al leño cargado con el pecado de todos y podemos mirar al que traspasaron con gratitud y esperanza. Esto es lo que intentó enseñarnos durante su última Cena. Al repartir el pan y la copa de vino, Jesús lo presentó como su Cuerpo entregado y su Sangre derramada. Los discípulos no entendían nada; pero Jesús ya les advirtió que lo entenderían más tarde. ¿Cuándo? En el Calvario. Jesús anticipó en este gesto el sacrificio de su propia entrega culminado en la cruz y constantemente actualizado en la eucaristía.

Pero hubo un gesto más. Nos lo relata el evangelista Juan y ayer tarde lo renovábamos en nuestras iglesias. Durante la cena, «*sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*». ¿Cómo? Se puso a lavar los pies a los discípulos. Y, ¿qué importancia tiene eso? Pues en la época de Jesús este oficio estaba reservado exclusivamente a los esclavos. Jesús se pone, una vez más, en el lugar de los esclavos y Pedro no lo puede consentir. ¡Cómo el

Maestro y el Señor va a hacer este servicio tan indigno! Pero Jesús lo impone como gesto característico de sus discípulos. Sólo entonces y por este motivo acepta Pedro. Después, Jesús vuelve al lugar presidencial de la mesa y como buen maestro les pregunta si han comprendido la lección: ”¿Habéis entendido lo que he hecho con vosotros?”. Y concluye: «*Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo*». Celebrar la eucaristía supone estar dispuesto a lavar los pies, como gesto de amor. Ser discípulo de Cristo significa estar dispuesto a entregar la vida, a ser Cuerpo entregado y Sangre derramada para servir con humildad a los otros. «*Sólo quien tiene una razón por la que merece la pena dar la vida, tiene también una razón por la que merece la pena vivir*» (Enzo Bianchi).

D. Francisco de Quevedo y Villegas nos ha dejado este poema que nos sirve de oración: TENGO SED

Tras su muerte, el centurión atónito exclama: «*Verdaderamente este hombre era hijo de Dios*». ¿Qué ha contemplado este hombre para decir esto? ¿Qué ha visto en este Crucificado que no viera en los demás? El testimonio de un hombre justo; el ejemplo supremo del verdadero amor. Este es el hombre. Ecce homo. Ecce filius Dei, este es el Hijo de Dios. Cristo confía y permanece fiel a Dios hasta el final. Es el misterio prolongado en tantos mártires de Cristo presentes en todos los momentos de la historia. Mártires que se debaten entre la seducción y la persecución de este mundo. Primeramente el mundo te seduce con halagos y alabanzas para ganarte a sus criterios, para usarte a su antojo y manipularte según el propio interés. Pero si te opones y contradices lo más mínimo sus planteamientos, pasasinmediatamente a ser perseguido. Es decir, ha comenzado tu pasión, tu personal abandono y martirio. Hay personas que por fidelidad a la fe están sufriendo en este momento como los cristianos coptos de Egipto masacrados durante su celebración de la Navidad. Quiero recordar también a los que son torturados actualmente en las cárceles de China. Son mártires que nos enseñan a decir un ”sí” sin condiciones al amor por el Señor; y un ”no” a los halagos y componendas injustas con el fin de salvar la vida o gozar de un poco de tranquilidad. No se trata sólo de heroísmo, sino sobre todo de fidelidad. Desde Cristo muerto y resucitado la muerte no es pérdida sino ganancia. Se ha convertido en un paso hacia lo que no pasa. Escribe un antiguo Padre de la Iglesia: «*Él tomó sobre sí los sufrimientos del hombre sufriente mediante su cuerpo capaz de sufrir, pero con el Espíritu que no podía morir, Cristo ha dado muerte a la muerte que mataba al hombre*». Y subraya San Juan Crisóstomo: «*Es cierto, nosotros morimos también como antes pero no permanecemos en la muerte: y esto no es morir. El poder y la fuerza real de la muerte es solamente eso: que un muerto no tenga ninguna posibilidad de volver a la vida. Pero si después de la muerte recibe de nuevo la vida y, más todavía, se le da una vida mejor, entonces esta ya no es muerte, sino un sueño*».

Ante Jesús que en la cruz nos ha enseñado el más grande amor, repitamos poniendo toda el alma en nuestros labios, el maravilloso soneto de nuestro siglo de oro que seguramente aprendimos de niños: No me mueve mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno, tan temido, para dejar por eso de ofenderte. Tú me mueves, Señor; muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido; muéveme ver tu cuerpo tan herido; muévenme tus afrentas y tu muerte. Muévame, al fin, tu amor y en tal manera, que aunque no hubiera cielo yo te amara y aunque no hubiera infierno te temiera.